

Crear una *élite* de hombres ágiles y robustos, fué la preocupación del belicoso pueblo espartano, que todo lo sacrificaba al arte de la guerra. Y Esparta que no se distingue por sus artistas, por sus oradores y filósofos, llega sin embargo a ejercer una intensa influencia en la civilización griega que aun se manifiesta con intermitencias muy curiosas, en las costumbres y pueblos modernos organizando los ejercicios corporales.

Para lograr esta selección, los habitantes de la Laconia, sometían a los niños a muy rudas pruebas y acostumbraban a los adolescentes de ambos sexos a juegos violentos; a correr y saltar, a lanzar el disco y la javalina. Las mujeres así educadas, eran los más arrogantes y bellos tipos de la Grecia y a propósito para tener hijos vigorosos; pero si todavía nacía algún niño enclenque y mal conformado, lo abandonaban en una montaña o lo precipitaban en el Baratro, profunda sima en las cercanías de la ciudad de Esparta.

Solamente hasta los siete años, podían permanecer los varones con sus padres. Llegada esta edad habían de vivir en comunidad, distribuidos en grupos de ciento bajo la dirección de un preceptor. Invierno y verano, usaban el mismo ligero vestido y andaban descalzos; comían frugalmente y deprisá; durmiendo al aire libre, sobre un montón de paja y bañándose en las frías aguas del Eurotas.

También se les enseñaba a pelearse y a sufrir. Frecuentemente se les hacía luchar unos contra otros, a patadas y puñetazos. En la fiesta de Diana URTIA se les arotaba cruelmente, hasta que brotaba la sangre o sucumbía la inocente víctima; sin que se oyera una queja, pues se consideraba deshonoroso, que un futuro ciudadano de Esparta mostrara debilidad durante el bárbaro sacrificio.

* *

Por toda la Grecia, se extiende la *gimnasia* entre los hombres. Todos los jóvenes varones, se ejercitaban durante dos años, al menos, en la carrera, el pugilato, el salto, el lanzamiento y la elevación de pesas. La gimnasia alcanza la preferencia sobre todas las artes que se estimulaban y premiaban en los certámenes públicos y en las colonias que los griegos fundan tanto en España como en la Galia y Norte de Europa por modesta que fuera en ninguna faltaba el *Gimnasium*. Pero lo que formaba parte de la educación nacional, obligatoria se convertía en profesión de muchos griegos, quienes continuaban estos ejercicios durante toda su vida, titulándose *athletas* (luchadores). Muchos fueron inmortalizados por el mármol y el bronce y entre ellos recordaremos a *Cleómenes* que se volvió loco y penetrando en una

escuela como un nuevo Samsón derribó una columna que sostenía el techo, aplastando a sesenta niños bajo las ruinas, *Milón de Crotona* que recorría el estadio llevando un buey sobre sus espaldas, y *Teagenes* que ganó en diferentes ocasiones *mil doscientos premios*. En honor suyo, se levantó en Tazos una colosal estatua de bronce a la cual desafió el atleta, que subido al pedestal, logró derribarla; pero tan torpemente, que cayó Teágenes debajo, muriendo aplastado por su propia efie.

De *Polydamas* atleta de la Tesalia se cuenta que mató un león a puñetazos y que cogió un toro por los cascos y en la pugna del animal por recobrar su libertad se quedó con uno de los cascos en la mano.

Glaneo joven labrador, para arreglar el arado cuya reja se desencajaba con frecuencia, no usaba otro martillo que su puño. Su padre lo presentó al combate del cesto en una Olimpiada y Glaneo fué proclamado vencedor.

Clitomano ganó en Corinto las tres coronas de los ejercicios fuertes (lucha, pugilato, y pancracio ó lucha libre, y Xenofón el *Pentattan* y el *Estadion* o sea en los ejercicios fuertes y ligeros).

Estos profesionales de la gimnasia se sometían a un régimen alimenticio especial, con exclusión absoluta de los pescados. Usaban calzón corto y cinturón, aunque desde la quinta olimpiada se acostumbraron a presentarse completamente desnudos. El que a los 35 años—edad que se consideraba límite del vigor físico—no había conseguido ningún premio, abandonaba el atletismo por cualquier otra profesión, para ocultar su fracaso.

En cambio los triunfadores eran paseados en carros tirados por cuatro caballos blancos, cubrían sus hombros con mantos de púrpura, sus nombres se anotaban en los registros helenos, se levantaban en su honor, columnas y estatuas, y a veces se les rendía culto como a dioses menores.

El título de vencedor en los juegos olímpicos como el de torero entre los españoles les daba un puesto junto a los príncipes y atraía la admiración de todo el mundo. Egeneto de Agrigerto, entró en su ciudad natal después de su victoria en el estadio, en una artística carroza acompañada de más de trescientos carros tirados por caballos blancos. Algunas ciudades señalaban a sus atletas una pensión sobre el erario público, o les eximía de toda contribución o gravamen.

Pero los aplausos tributados a los vencedores eran frecuentemente amargados por la envidia; y a veces, las aclamaciones, eran acompañadas de silbidos y denuestos.

Juan Giménez de Aguilar.